

Gran parte de la producción literaria de Alfonso Chase se centra en el transcurrir del tiempo y la relación de esto con la identidad y la escritura. Ya en una de sus obras iniciales, *Los juegos furtivos* (1968), se refiere por ejemplo, a la historia del país cuando alude a episodios de la guerra civil de 1948. Una novela más reciente como *El pavo real y la mariposa* (1996) escoge figuras históricas conocidas y participantes de los hechos históricos de 1899, como los presidentes Ricardo Jiménez Oreamuno y Bernardo Soto, el político Félix Arcadio Montero, y el artista Enrique Echandi, entre otros.

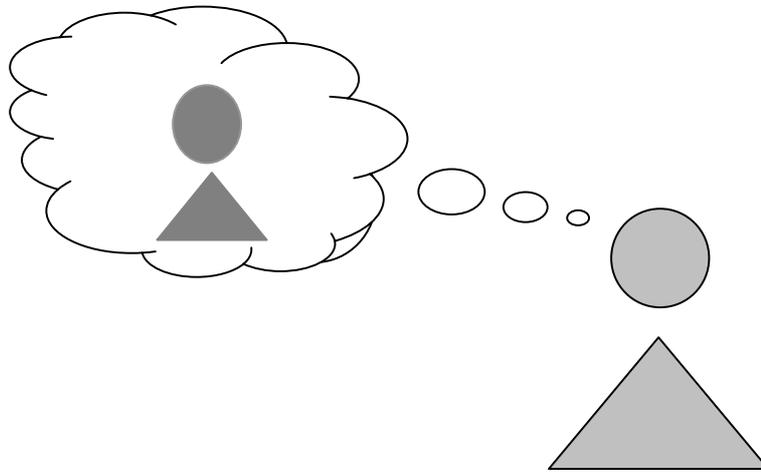
En otras obras, incluida la lírica, la reflexión sobre el tiempo se centra en la referencia a la música, el lenguaje temporal por excelencia. En todos los casos, se trata siempre de entender el papel del tiempo en el complejo proceso de formación de la identidad personal. Por esa razón, aunque los acontecimientos se puedan reconocer en la historia social, no interesan sólo por eso. Interesan sobre todo porque muestran la importancia decisiva del tiempo, el recuerdo y la memoria en la adquisición de la identidad individual.

1. Un recuerdo triste

El narrador de «Los relojes» recuerda un acontecimiento doloroso de la vida de su familia. Como se puede apreciar en las formas verbales, la mayoría en pretérito, lo que cuenta se sitúa en el pasado. Por lo tanto, podemos suponer que es un adulto el que recuerda ese episodio de la infancia.

Sin embargo, a veces este narrador narra como si todavía estuviera viviendo esa experiencia, en el mismo lugar y con las mismas personas. Por ejemplo, utiliza expresiones y palabras propias de los niños, como los diminutivos y la repetición de la conjunción "y", típicos del lenguaje infantil. También menciona juguetes, situaciones y objetos relacionados con los intereses infantiles.

Se trata, entonces, de un adulto que narra cómo vivió él, cuando niño, el despojo de la casa y que a veces se acerca tanto --con la memoria-- a los acontecimientos, que da la impresión de volver a vivirlos. Ahora, si bien ambos son la misma persona, el lapso de los años separa al niño que presencia los hechos del adulto que recuerda todo.



A

B

A = niño, personaje, en el pasado, vive el acontecimiento

B = adulto, narrador, en el presente narra el acontecimiento

2. La casa despojada

Es importante señalar que el narrador, a la par de contar lo sucedido, va mostrando diversos espacios de la casa, la va revelando ante los ojos del lector. El registro empieza por la sala, continúa por los cuartos y a cada uno de estos espacios corresponden determinados objetos. Estos identifican a los miembros de la familia: las arras de la madre, los juguetes del muchacho. Además, como lo anuncia el título del cuento, los personajes poseen cada uno su propio reloj (descrito en el párrafo final), distinto por la forma, los colores y la pulsera.

Por otro lado, la casa adquiere en el cuento un valor especial no sólo porque es el escenario de los acontecimientos, sino porque también es el refugio de la familia y el niño. Tanto la vivienda --que sirve de protección-- como todos los objetos que están ahí, incluidos los relojes, están amenazados por el embargo. Los hombres encargados de confiscar los bienes no son parte de la familia, por lo tanto, el peligro para esta proviene del exterior. Además, el grupo aparece más débil por la ausencia del padre: este, que debería protegerla, se encuentra en la finca, fuera de la ciudad. El espacio exterior, entonces, se valora negativamente: de allí provienen los extraños, que sacan afuera de la casa los objetos que los identifican y que ellos aman.

3. Esconder los recuerdos

Ante la falta del padre y el llanto de la madre e Isolina, el niño se siente en la obligación de

hacer algo para aliviar la situación. En varios momentos, ellos tratan de salvar algunos objetos de la vista de los tasadores; sin embargo, también se traicionan involuntariamente, por ejemplo cuando un gesto de la madre hacia el bar de caoba les llama la atención sobre ese mueble. Sin embargo, el muchacho sí logra conservar lo que él considera más valioso: al igual que hace Isolina cuando esconde las arras en el bolsillo de su delantal, él oculta los relojes de todos en su overol y, con la revelación de este hecho a su madre, termina el cuento. El mismo protagonista aclara que, al conservar los relojes, salva los recuerdos.

Sin embargo, sabemos que además del transcurrir histórico que se puede medir objetivamente (los meses, los años, los siglos, las épocas), existe también un tiempo personal para cada uno de nosotros. Esto se puede entender si pensamos que en la vida, así como no siempre reaccionamos de la misma manera ante un mismo acontecimiento, tampoco todos recordamos de igual manera las mismas experiencias. Por eso el niño no guarda un solo reloj si no los relojes de cada uno de los miembros de la familia, aquellas cosas que mejor simbolizan los años vividos en común.

4. Mostrar lo escondido

Si de niño *escondió* los relojes de su familia, de adulto realiza una operación inversa, es decir, *hace aflorar* de la memoria los recuerdos que se refieren a ese día. Recordar y escribir sobre esos recuerdos le sirven para comprender un acontecimiento amargo que tal vez vivió en la infancia sin entenderlo totalmente. Es como mirarse a sí mismo en una pantalla o como cuando uno se reconoce en una película o en una vieja fotografía. De esta manera el narrador mira su propio pasado y lo integra a su presente.

El cuento de Chase parece dar a entender que cada uno debe enfrentarse con su pasado, por más doloroso que este haya sido. Cada uno debe recordar y explicarse lo que le ha sucedido en la vida. Sólo así esos hechos se incorporan a la identidad, a la historia personal. Pero, además, así como cada uno tiene su reloj, es decir, su propio tiempo, tiene que asumir por sí solo esa tarea. Y la narrativa --cuento, novela, biografía-- ofrece un lenguaje para dar forma a los recuerdos que constituyen nuestra identidad.